

Docente de la UNMDP seleccionada por el gobierno japonés para participar en un Programa para jóvenes académicos e investigadores

A partir de una propuesta impulsada por el gobierno japonés y por medio del Centro de Cooperación Internacional de Japón, desde el año 2016 se lleva a cabo un programa de intercambio destinado a jóvenes académicos e investigadores de diferentes regiones del mundo, incluida América Latina, denominado “Juntos”, gracias al cual en febrero de 2017, seis jóvenes argentinos pudieron conocer Japón y asistir a diferentes conferencias temáticas. Para integrar la comitiva nacional, fueron seleccionados politólogos, licenciados en relaciones internacionales, y estudios orientales de Rosario, Capital Federal y La Plata, incluida quien suscribe, egresada de la Universidad Nacional de Mar del Plata y doctoranda en antropología social.

Además de las conferencias disertadas por especialistas nipones sobre economía, política y relaciones diplomáticas, la mayoría de ellas en Tokio, también se realizó un viaje interno por el país del sol naciente. Entre los lugares visitados, se encontró la ciudad de Nara, capital del país en la época medieval (mucho antes que Edo, antiguo nombre de Tokio), cuna de templos budistas y sintoístas antiquísimos, como así de numerosas fábricas tradicionales de Sake, típica bebida japonesa, realizada a partir de la fermentación de arroz.

La isla de Miyajima fue otro de los puntos obligados de visita. Allí se encuentra el templo sintoísta de Itsukushima, construido sobre el agua hace ya más de 1200 años, que cuenta con uno de los toriis (arco tradicional japonés) más grandes e impactantes del país. Las callecitas de piedra que suben y bajan por el pie de la montaña densamente arbolada, rodeadas de tiendas y casas típicas, además de los amables ciervos que allí merodean, invitan a perderse en aquel lugar de ensueño.

Así todo, más allá de estos bellos paisajes y antiguos sitios, e incluso de haber experimentado de primera mano desde la amabilidad hasta la alta tecnología japonesa la cual se vive desde el mismo momento en que uno arriba al aeropuerto de Narita, sin mencionar el Shinkansen, (tren bala que recorre la mayor parte del país insular -desde el cual puede divisarse el Mont Fuji-); más allá de todo esto, lo más impactante aún restaba por llegar: Hiroshima.

Aunque a partir de un 6 de agosto se hizo mundialmente conocida por motivos desafortunados de conocimiento público, en contra de todo pronóstico que predispone al viajero a encontrarse con una ciudad y un pueblo desgarrados aún hoy, luego de más de 70 años, lo presupuesto contrasta drásticamente con el panorama que uno avizora desde el momento en que da el primer paso en la ciudad. Difícil resulta imaginar que allí haya ocurrido semejante atrocidad en la historia de la humanidad. A pesar de ser una de las ciudades más grandes de Japón y un gran centro industrial, Hiroshima se destaca por sus

construcciones de baja y mediana altura y sus barrios residenciales rodeados de canales, con un ritmo de lo más apacible en contraposición a la megaurbe de Tokio. Así todo, innegable es el impacto que se produce al instante mismo de llegar al Memorial de la Paz, epicentro de “Little Boy”, donde es inevitable que un frío helado recorra cada rincón de nuestro cuerpo. Ver la llamada “cúpula de la bomba atómica”, una de las dos estructuras que se mantuvo en pie casi en su totalidad a pesar de encontrarse a metros de la explosión, el “puente en T” sobre el cual estaba previsto que el Enola Gay arrojara la bomba, la misma densa atmósfera que allí se respira, y la posibilidad de escuchar el relato en vivo y en directo de una sobreviviente, nos lleva a decir en un coro y al unísono: “Nidoto Hiroshima no keiken wo kurikesanai”: “Hiroshima nunca más”.

Florencia Incaugarat.

Lic. en Terapia Ocupacional

Becaria doctoral de CONICET

Cátedra de Antropología carrera Terapia Ocupacional